

País de niebla

Enrique Arias Beaskoetxea



*Y tengo que partir para saber
Quién soy, para saber cuál es el nombre
Del profundo existir que me consume
En este país de niebla y de no ser.*

Sophia de Mello Breyner Andresen

*Sin duda hay cosas que no pueden expresarse en palabras.
Se manifiestan solas. Son algo místico.*

Ludwig Wittgenstein

1. El Ser

La existencia del ser no es un paisaje
a describir, a analizar;
para llegar a su centro
se necesita sustraer
todo aquello que es accesorio,
distrae la atención,
lo que impide, lo que aleja.

La dimensión del Ser
es el espacio del no-lugar,
el tiempo sin relojes,
el aire detenido,
el flujo remontando
el río a contracorriente
alejándose del mar.

Y la quietud del Ser
allá donde sea forma
construida por el pensar,
no es, sino profundo sentir
del alma descarnada
—con serenidad, sin esfuerzo—
quedando la síntesis
intocable, inefable
de aquello que se comenzó
a buscar con pasión.

El bosque no es un muro
de protección, sino fondo
de paisaje engañoso
—pues oculta y no enseña—
el arbusto es estorbo
que ralentiza la marcha,
refrena el pensamiento.

Los senderos no son rutas,
sino bifurcaciones que alejan
al turbado individuo
de su búsqueda capital.

El claro del bosque
está allá donde el viento
acaricia la mano,
donde el silencio inerme
se enfrenta al reflejo
de los árboles distantes.

El claro del bosque
es reconocible solo
por quien ha abandonado
el rastro del cazador,
la exploración del suelo
carente de señales en la tierra.

Solo está al alcance
para quien desprovisto
de afanes secundarios
esté dispuesto a mirar
con otros ojos a la luz
y la sombra, y percibir
en su confluencia original
un punto que permanece
sin soporte, desatento
a desvaríos y delirios.

*Así habló Arjuna en el campo de batalla;
y dejando a un lado su arco y sus flechas,
con su alma inundada por la desesperación y la pena,
se desplomó abatido sobre el asiento de su carro.*

Bhagavad Gita I.47

2. Desaliento

El desaliento anega
la extensión de la mente,
no hay cielo ni astros,
no hay este ni oeste,
solo la lenta pérdida
de sonidos externos,
el hundimiento del ser
en un abismo de quietud
y desesperanza muda.

Sin haber sido rozado
por el ángel caído,
una súplica de alivio
entre los ojos cerrados
se dirige a la estatua
que es uno mismo.

Similar a un corazón infartado
la mente no funciona
en ese instante inmóvil
por la falta de aliento,
el corazón golpea
el pecho angustiado
para recordar que aún
hay vida escondida.

Sin fortaleza para actos
deliberados, pues el ser

flota en una bruma gris
donde ni cuerpo ni mente
son conscientes de su quietud,
del fallo de respiración,
de la forma autómata
de funcionamiento vital.

Pasan las horas lánguidas,
indistintos día y noche
hasta que el cansancio
llega a ser un suspiro
retenido, pendiente
de un grano de fuerza.

No hay reloj ni brújula,
maldición o debilidad,
el desaliento se alimenta
de sí mismo, solo para sí mismo.

A oscuras, en silencio,
insomne, inapetente,
sin codiciar nada
ni siquiera el frescor
de una mano blanca
que roce las sienes
y amortigüe el dolor.

Sin ánimo para desear
el final de este destino,
sin variar la postura,
pues el temblor se convierte
en vértigo marino
arrojado a ambos lados
de un barco invisible
camino del naufragio.

*Donde sea que esté
yo soy el que falta.*

Mark Strand

3. Naturaleza

La naturaleza exterior
surge desde el este
con un bosque negro
que apenas dificulta
vislumbrar la aurora.

Un mar emanando al norte
casi iluminado por el sol
nonato y siempre evento;
un barco enorme detenido
en la línea del horizonte.

Otro bosque al oeste
formando el semicírculo
de la bahía, verde agua,
desde la que soñar partir
con la mirada miope
hacia otros mundos.

La naturaleza interior
es la orquídea morada
del color de los labios
de la mujer amada.

Es la orquídea blanca
del color de piel sedosa
de la mujer habitante
de sueños recurrentes.

Y la orquídea rosa
del color de la corteza
entreabierto de un cuerpo
entregado y rendido.

La naturaleza íntima, propia
es ese jardín apartado,
del que habla el emperador,
que ha de ser cuidado,
mantenido en su esplendor
para el día necesario
en que nos retiremos
del ruido y la furia,
del mundo envilecido.

Que sea estancia de calma,
reflexión y cuidado del alma.

*Que la gota de agua se funde con el mar lo saben todos,
que el mar está en la gota lo saben pocos.*

Kabir

4. Mar

Alguien que vive en la costa
a espaldas de la mar,
no la mira, no la siente,
ignora su pálpito.
Ajeno a su presencia
lleva la vida de un ciego.

Alguien que vive en la costa,
que usa los miradores
para observar el ritmo
de las mareas, el sentido
del viento, la época
de pesca. Remembranza
de un pasado marinero.

Alguien que vive en la costa,
que recorre sus muelles,
atento al ritmo de los pasos,
la respiración entrecortada,
la mente distanciada
de un propósito vital,
un constante trayecto
idéntico a sus días.

Alguien que vive en la costa
que espera el agua tibia,
la brisa que acaricia,
que intenta guardar el temor
al mundo en la casa
que deja a su espalda.

Entra en el agua salobre
con excesiva lentitud
hasta convertirse en flecha
que rompe la lámina del agua,
respira y da brazadas
con el ritmo de un *mantra*
perfectamente medido
que le lleva a la atención,
la línea recta, el foco
en el ser, libre, en calma.

*No apartes la mirada
de la venda que cubre la herida,
pues por ahí entrará la luz.*

Rumi

5. Trastorno

Antes de abrir los ojos
sin conocer la hora
sentirá el tormento
de un punzón clavado
en el centro del esternón.

La mente se expandirá
igual que una corriente
en forma de espiral sin fin.
Llegará el pensar recurrente,
reiteración creada por él mismo
hasta ser apresado en una celda.

Estará perdido, sabe
que los días próximos
estará sometido
por el dolor del alma,
igual que un borracho
incapaz de dejar su propia ebriedad.

El dolor se alargará
hasta las costillas lejanas
adonde ha llegado ya
el latido tremendo
de un corazón sin dominio.

Pasarán días inapetentes,
noches insomnes
mientras la mente no cede

un instante en sus tareas;
buscará llaves, luces,
botones fuera de lugar,
labores mal concluidas,
preocupación igual a un ritual.

Una hélice perversa
destrozará, agotará
el escaso control mental,
—las cosas se van de las manos—
y volverá a desplazar
sus aspas en el perverso
trabajo de deterioro.

Preferirá la muerte,
pero esta no llegará,
los dioses no conceden
ese alivio definitivo.

Pasará los días sin calendario,
confundirá día y noche,
no sabrá nada del mundo,
solo el mundo interior existe
rugiendo, abatiendo
a quien ya no tiene fuerzas
para buscar una salida
del laberinto de sí mismo
con la respiración retenida
por el abstracto trastorno.

Y cuando crea que las fuerzas
por fin le han abandonado,
comprenderá que tras el dolor
no llega la herida y la cicatriz,
sino un sentido de pérdida:
pérdida del tiempo ignorado,
pérdida del espacio interno
ahora ya vacío, desolado,
pérdida del sosiego
y de cualquier tipo de calma.

Un día necesitará
abrir una ventana
para comprobar en qué tiempo vive,
en qué estación se encuentra.
Y sentirá la brisa salobre y distante
sobre su rostro petrificado,
respirará sin poder

retener un suspiro
que por fin emerge
de sus labios resecos.

El último rayo del día
se acerca sobre la mar
buscando la pacífica
noche, parsimoniosa,
y pensará que tal vez
también le llegue
ese rastro de luz salvadora
ahora que no puede
permanecer en pie.

Y ese miedo pánico
a la luz, los sonidos,
el terror a extraviarse,
esa incapacidad blanquecina
de mover un músculo
se desvanece pesadamente.
Tomará una decisión:
hacer tareas mínimas
convertidas en odiseas
pospuestas por apatía,
semanas desvanecidas
mientras sigue tendido,
ovillado, palpitante.

*La mejor clínica de jaqueca que he visto
era una en la que se dejaba al paciente,
sin movimiento ni palabras innecesarias,
en un cuarto en penumbra para que pudiese
descansar con una taza de té y una aspirina.*

Oliver Sacks

6. Jaqueca

No es un chasquido brusco
ni temblor bajo tierra,
es apenas una mota
de polvo invisible
que gira ante tu mirada,
un vahído interior,
un vértigo que amanece,
la carencia de sed,
de sueño, de sosiego.

Pequeñas señales leves
que avisan sin palabras,
un oscuro presagio
de lo que se aproxima:
un dolor aposentado
en una única sien
que te abatirá hoy
durante días sin cifras.

Has preparado acomodo:
cojines frescos y una manta
para permanecer quieto
durante días y noches.
Te incorporarás cansado
para preparar un té,

la mesa con calmantes
al alcance de la mano.
Y cuando aparezca
te encontrará preparado,
pero será tan terrible
como las veces anteriores.

Los ojos se cerrarán
por el malestar de la luz,
la química mitigará
el dolor de la flecha,
la mente se frenará
hasta solo percibir
el reino de lo aguardado:
un monstruo indescriptible.
El cuerpo se doblará
—alimaña asustada
en mitad del bosque—
sin fuerza suficiente,
el proceso continuará
hasta que no consigas
pronunciar una palabra.

Tomar una decisión
se hace inverosímil,
no puedes sentir, notar diferencias,
pues solo hay una realidad
que te extenúa
y taladra perversa
el cráneo malherido.

Un día sentirás frenar
el torbellino corporal,
los sonidos y la luz
no serán tan hirientes,
desearás beber agua,
inclinarte para mirar
el calendario apartado
y descubrir un sinnúmero
de jornadas perdidas,
irrecuperables, tragadas
por el mal en la cabeza,
pero también en el ánimo,
no has sentido nada
salvo el dolor incesante.
En la mente paralizada
hay un único pensamiento:
el desaliento del alma.

Y ahora elevarse despacio
con una inmensa fatiga,
tratar de caminar, dormir,
mirar el atardecer furtivo
hasta que desaparezca
en la noche y esperar
que el día te traiga
calma, levedad, consuelo.

*Levanté con los dedos el cristal de las aguas,
contemplé su silencio y me adentré en mí misma.*

M.^a Victoria Atencia

7. Silencio

Entrar en el silencio
no significa abandonar
el mundanal ruido,
las voces ignorantes
afirmando tozudas
certezas indemostrables;
ideas leves iguales a plumas,
ideas densas parecidas
a cantos rodados
desgastados por el mar.

Entrar en el silencio
significa apartar el fragor
que invade la mente:
imágenes recurrentes,
deseos idénticos a la codicia,
argumentos para esconder
la ira o el desagrado,
recuerdos incompletos
y retazos de conversaciones.

Huir del ruido del mundo
y del invasor de la mente
necesita propósito,
energía y tiempo.
Nadie puede asegurar
qué queda tras vaciar
nuestra vida de estruendo,
no es un vacío abismal

ni una mente *en blanco*,
queda la respiración,
el sonido insonoro:
la palmada de una mano
propuesto por el *koan*.

Queda nuestra atención
en un punto más allá
del lenguaje, del mundo:
el reino de lo inefable,
en el camino de sublimación
—no exaltación del ego,
sino acción de elevar—
traspasar la frontera
tenue, leve, incierta
al otro lado de la cual
somos burbuja de aire,
relámpago veraniego,
espuma marina sobre la arena,
bruma transitoria.

El encuentro con el silencio
no mueve una hoja,
no hace temblar el cuerpo;
destruye el discurso,
añade la visión directa
de las cosas y los seres,
sensatez y percepción.

Aurora que rasga la noche,
diosa de dedos rosas,
mañana renacida,
—incierto un segundo antes,
exacta poco después—
despliegue de la luz,
hermosa hasta el ocaso
suave, necesario, noble.

*El hábito precoz de la soledad es un bien infinito.
Enseña, hasta cierto punto, a prescindir de las personas.
Enseña también a querer más a las personas.*

Margueritte Yourcenar

8. Soledad

No conocerás la soledad pura
hasta ser una mariposa
buscando situarse
en una sala sin muebles,
sin un punto de apoyo,
excepto pared y suelo,
donde posada se plegará
en forma de pétalo
observando el vacío.

No conocerás la soledad simple
llenando el espacio
de ilusiones, fantasmas,
creaciones de la mente,
asideros ficticios
para impedir lo obvio:
no hay nada ni nadie
tras el que esconderse.
Todo es un recipiente
vano, apariencia
que debieras apartar
para que la habitación
esté realmente vacía.

Entonces podrás elevar
la casa de la escritura:
tal vez una mesa amplia
libreta de hojas blancas

y pluma de tinta negra.
Algún día añadirás
una ventana hacia el mar,
una luz vespertina
y un aire tibio, inaprensible.

Y aún tendrás que esperar
en el tiempo de inquietud
a que el poema llegue,
-barro que se decanta
en la laguna en calma
hasta que el agua que emerja
no sea opaca, turbida-
pues del fondo hacia la luz
se aproxima un primer
verso de ese poema
que ha aguardado al acecho
durante una vida en mera soledad.

Y una vaga esperanza
en que esta decisión
sea el camino correcto.

*La vida es un sueño despierto
y la muerte es un regreso al hogar.*

Proverbio chino

9. Camino

Aquellos días esperaba
el amanecer brumoso
para salir a caminar
empujado por un ansia
enfermiza y ardiente.

En cada paso quería
construir un propósito
que mutara la existencia
marcada por una línea
—un horizonte alcanzado
a mi paso, con la sangre—
confiando en una señal
del camino que indicase
la dirección propicia.

Tuve que caminar días
y noches, semanas y años
hasta percibir una condición
inicial: el vaciamiento.

Habría de limpiar cuerpo
y mente de la oscuridad,
lo terrible, lo abisal
y tal vez así poder
ocupar la cavidad
con algo innominado,
sustancial e icónico:
un propósito para vivir.

Entonces las caminatas
me llevaban al límite
de los acantilados para pensar
en la facilidad de una caída
contra la espuma alterada,
los golpes contra la piedra,
ser succionado por el mar.

Construir un buen propósito
que apenas me ha sostenido
durante un tiempo limitado
que me concedió señal
y espera infundada
sin saber deleitarse
por anhedonia mórbida.

He regresado a la casa,
encerrado tras el fulgor,
del ruido y de la masa mundana,
habitar entre paredes
más altas que murallas
—la decepción también
asesinó las caminatas—
sin esperanza en nadie ni nada,
vivir mi desasosiego
repasando las múltiples maneras
de acabar con la existencia.

Lo que nos sobrevivirá es el amor.

Philip Larkin

10. Amor

Al ser uno joven cree
que el amor es un deseo,
una promesa certera,
regalo del universo
que sin aviso llegará,
pero cuando aparece
el amante se tropieza
con una realidad distinta:
caer en un torbellino,
impresiones sin medida
que impiden reflexionar.
Tan solo hay que dejarse
transportar por la fuerza del amor,

Cuando llega el desamor
—siempre llega el desamor—
el amante no puede creer
en la incoherencia de su fe
hasta que se desliza inexorable
a lo oscuro del abismo
de un abandono incurable.

Pero aún mantiene la fe
en que sea etapa amorosa
y no final de aventura,
espera una resurrección súbita
de lo que hace tiempo
yace en sepulcro cerrado.

Entonces el amante
se convierte en descreído
a su pesar, o al menos
aparente escéptico
mientras en su interior
espera que vuelva lo acontecido.

Y si la fortuna toca
uno de sus hombros para anunciar
la imprevista ocasión,
el exceso de prudencia
quizás el temor a ser malherido
va cegando la confianza
para llevarle al fracaso
por falta de osadía y coraje.

Tendrá que reavivar
brasas de desencanto,
cuando ya no queda amor
pero tampoco desamor,
sino la silente inmovilidad
aun sabiendo que el amante
necesita, dice el poeta,
eso que llaman amor para vivir.

Tal vez el amor golpea
su puerta, improbable
suceso, ingenuidad
que va deshaciéndose
cuando nadie regresa
a su porche insonoro.

Y un día se descubrirá,
demasiado viejo
o cansado de esperar,
desencantado de amores
de cine más que de calle.

Y no quedará nada,
apenas esperar que el tiempo
sobrevenga sin molestar,
que el frío de su cama
no sea tumba ni celda,
la mirada de una mujer
ya no sea amorosa,
sino superficial,
fantasmal, efímera.

Escribirá largos poemas
en los que recordará aquello
que un día fue y murió,
pero no resucitará el amor
en la página en blanco.
Serán poemas escritos
en un epitafio probable,
una bala con su nombre,
una flecha para su corazón,
un final cuando no haya
memoria, sensatez, entereza.

*Uno no es lo es
por lo que escribe,
sino por lo que ha leído.*

Jorge Luis Borges

11. Lectura

Con las primeras lecturas
llega un libro que rompe
la sólida realidad,
muestra otro mundo
aún desconocido,
mas pronto reconocible,
por una parte de nuestro ser.

En el libro está la vida,
es la vida misma, libre,
fluida, luminosa
que trae una forma de ver,
de percibir, de interpretar
más allá de los límites
de la mente particular.

Al llegar a la última página
es necesario retornar
al principio y recomenzar
para reconocer el hallazgo.
Ya no será idéntico,
pues se ha traspasado
el mundo rutinario
y se alcanza con la palabra
a crear un mundo propio,
exclusivo, íntimo
donde existir, refugiarse,
inventarse, alumbrarse.

Cada lectura acarrea
mil lecturas posibles,
el mundo se expande
con ritmo endiablado
y uno tiene que leer
hasta la madrugada
persiguiendo esa esencia
entreverada en las líneas,
esa identidad que se construye,
esa educación sentimental
que nos conforma
sin plano ni brújula,
pero con la conciencia
de haber encontrado
el camino hacia otro camino;
se forma un mundo interno,
un clima, una atmósfera
solamente comprensible
para el dueño del dominio.

Aún tendrán que llegar
muchas más lecturas
hasta el día decisivo
en que uno ambiciona ser
más que un lector insomne
de horas muertas, robadas,
para convertirse en autor
que dedica su tiempo,
energía y propósito
al oficio de escribir versos,
sin apenas imaginar
un lejano fracaso.

Llegan los primeros versos,
densos de contenido,
pero carentes de ritmo,
de vida más allá de la palabra,
entonces se comprende
que será un camino inacabable,
apenas el primer paso
en el umbral de la casa.

Una mariposa blanca
despliega sus alas,
las agita antes de iniciar
el vuelo en el aire tibio
que sacudirá una mota
de polvo suspendido
y así iniciará un ciclo
de luz y ocaso,
causas y efectos sucesivos
a lo largo de toda una vida.

*La escritura llega como el viento,
está desnuda, es la tinta, es lo escrito
y pasa como nada pasa en la vida,
nada, excepto eso: la vida.*

Margueritte Duras

12. Escritura

Nadie debería llegar
a la escritura
sin haber sido lastimado
por las tres heridas.

Tiene que haber probado
el amargo sabor de la vida,
la decepción, la soledad,
la ausencia de sentido,
—existir en lo absurdo—
el temor a enloquecer,
el temblor ante el abismo,
el miedo a tener miedo,
la tentación de acabar.

Tiene que haber sentido
el intenso tacto del amor
que todo lo convierte
en seda, nube, fulgor
en la mirada del otro,
deseo en el aliento.
Y haber sido rozado
por la espada del desamor,
los momentos perdidos
à coup de pourquoi,
el desprecio, el malestar

sentido en el límite
entre amor y desamor.

Tiene que haber oído
los estertores de la agonía,
rítmicos, continuos, toscos
golpeando un cuerpo
que un día fue salud
y ahora es cuenco
de dolor, certeza
del final, mirada
perdida en el otro lado
fronterizo, tan próximo.

Y además haberse dado cuenta,
recordado y olvidado,
alma cansada en el cuarto
donde viven las sombras.

Y cuando todo ello
sea ya enseñanza,
entonces llega el momento
de convertirse en oyente
de versos aún no escritos,
en perseguidor de ritmos
aún difuminados,
en el que espera ese poema
y no otro cualquiera
que llega con la primera palabra
del primer verso incompleto.

Y en la escritura
se dará lo no aguardado,
aquello que surge
sin origen ni nombre,
la pluma que viaja
al tiempo que la palabra
audaz, certera, precisa
y la inesperada revelación
de versos no imaginados
naciendo de la escritura:
vasija, lugar, destino.

*¿Quién, si yo gritara, me escucharía
entre las órdenes angelicales?*

Rainer María Rilke

13. Nadie con quien hablar

No soy de esa clase de gente,
no soy uno de ellos,
he sido un extranjero
en todos los países.

Algunos lo consideran
una marca de encomio,
otros, señal de vileza.
Ser especial, exótico,
por haber elegido
tomar otro camino distinto,
el menos transitado
como dice el poeta.

Nadie llama a mi puerta,
nadie me espera en la cama,
nadie despierta conmigo;
el silencio está presente
en todos los pasos dados
sin molestar, sin llamar la atención.

Nadie viajará conmigo,
ni se sentará en un café,
en un parque para donar
una pieza de empatía,
un liviano soporte.

Cuando llegue el día
en que se necesita hablar,

un día inevitable,
nadie acudirá a escucharme,
compartirá alegrías,
lamentará decepciones;
no habrá preocupación,
obsesión o temor
que pueda ser expresado
y recogido por otra persona.

La defensa es hablar solo
mientras andas por la casa vacía,
mantener conversaciones
en la cama con etéreos
interlocutores, casi palpables,
para debatir, refutar,
abrir posibles salidas
con uno mismo, para uno mismo,
sin reflejo ni respuesta
de una persona palpable.

Sin hacer, sino pensar
en la posibilidad,
sin plantear diferentes
criterios de expresión.

Es la única norma,
lo único que surge
sin necesidad de una invocación.

No hay nadie con quien hablar:
simple, desolador,
habitual, extraño,
sin placer ni dolor.

*He reducido al mínimo
el contacto con los demás.
Hice cuanto pude para perder
cualquier apego a la vida.*

Fernando Pessoa

14. Aislamiento

No fue una determinación
después de reflexionar,
no fue un impulso fugaz
proveniente de la furia.
No fue la maldición
ni destino cósmico.

En cada encrucijada
de la vida se escoge
y se descarta, por azar,
ánimo o insensatez,
además se escoge,
si se tiene el coraje,
ser especial, uno mismo.

Así quedaron atrás
amistades primeras
basadas en preferencias
o formas de ver el mundo.
Así quedaron atrás
el amor de una vida
y la amante ocasional.
Fueron desapareciendo
conocidos y viandantes
hasta llegar a la casa
construida en la isla

donde nadie entra
nadie llama ni escribe.

Apenas queda el silencio
de la casa y con él
llega la calma basada
en la ausencia de vida exterior,
estímulos sensoriales,
conversaciones vanas,
problemas comunales.

La casa construida
sobre silencio y soledad
se convirtió en casa
de la escritura;
había llegado calma
a la mente, al corazón
y las palabras podían
colocarse a voluntad,
más aquellas surgidas
del particular proceso.

A veces uno siente nostalgia
de la brisa en el rostro,
del sonido del bosque,
de las mareas en la arena;
queda la posibilidad
de recuperar un día propicio
o tal vez sea pospuesto
a un futuro impreciso
en el que salir al mundo
no suponga un desastre
para la mente sensible,
que el peso de una mota de polvo
pueda desequilibrar,
el trabajo de medida,
el cese de las perturbaciones
de la mente, etcétera.

Y volver a empezar desde el principio.

Epílogo

Hasta las especulaciones que un poeta auténtico pueda hilvanar sobre su propia obra, sobre la poesía concreta que él escribe, que es la que más cerca le cae y la que en apariencia mejor conoce, no serán a la postre sino un juego de mayor o menor altura, dependiendo de la capacidad teorizadora de quien lleve a cabo la tentativa de definir lo indefinible, de dilucidar cómo es y cómo funciona algo que no funciona, sino que respira. Todo poeta verdadero que haya llegado a su madurez humana (es decir, que se haya despojado en lo posible del yo con el paso del tiempo y la experiencia de la vida), sabe muy bien que su poesía no es propiamente creación suya, obra que él haya compuesto según su voluntad: forma parte de lo vivo del mundo, y la mano del poeta ha sido solo el órgano del que ella se ha valido para plasmarse sobre el papel en forma de tales o cuales poemas, en ejemplos determinados de poesía escrita. El poeta, pues, no hace, sino que recibe, acoge con entusiasmo y presta su ayuda ilusionada a lo vivo y bullente que crece, con el fin de mostrarse de la mejor manera ante quienes sucesivamente lo miren.

Eloy Sánchez Rosillo
(Murcia, 24 de junio de 1948)

Tercera poesía con norte
Pre-Textos, 2015

Índice

1. El Ser.....	3
2. Desaliento.....	5
3. Naturaleza.....	7
4. Mar.....	10
5. Trastorno.....	12
6. Jaqueca.....	15
7. Silencio.....	18
8. Soledad.....	20
9. Camino.....	22
10. Amor.....	24
11. Lectura.....	27
12. Escritura.....	29
13. Nadie con quien hablar.....	31
14. Aislamiento.....	33
Epílogo.....	35